



Hay que tornear ya de seguida, apenas aplanada un poco la mies, deshacer bien las gavillas y que aireen y joreen bien y vayan cayendo al suelo los primeros granos y la paja que aisle pronto la humedad del suelo

## Un día de trilla

Plantado en jarras, oteando los horizontes cercanos, hasta donde la vista se interrumpe en la cercana sierra, el amo de la casa espera que le llegue la mies que traen los mozos esta mañana luminosa, para dar comienzo a este día de trilla, que promete ser tranquilo y caluroso.

O quizás tenga que esperar un poco más, mientras cambia mensajes que parecen enigmas, con sus vecinos, todos un tanto indecisos ante el cariz tristón que ofrece la mañana, aguachinada por el rocío y la niebla inoportuna que se descuelga de la montaña en vellones negruzcos desde el amanecer.

O tal vez aquellos enormes torrojones que asoman por allá abajo, taponando sin piedad el sol naciente, que revienta en mil desafiantes destellos, como presagio de lo que puede ocurrir esa misma tarde, le hagan tomar la decisión, al fin, dando una escueta pero ruda orden, que se traduce en el acto en un desenfrenado comienzo de las actividades del día.

El mensaje se interpreta por esos simples movimientos en la era, se recoge y se traduce al instante en un fervoroso hacer, que ya no parará en todo el día, pase lo que pase y que animará las eras por igual, con su movimiento febril y alegre, con sus voces de todos timbres, sus tremendos juramentos, sus cantos simpáticos, sus apuestas, sus risas, hasta bien entrada la noche.

La orden que nació indecisa y temerosa de equivocarse, se

convierte y se transforma en labor apasionada. Atrás quedó ya la duda dando paso al ajetreo al que todo el mundo se apresta un poco automática en los movimientos, que es cosa ya tan sabida.

Se imponen las vías de la simple naturalidad, bajo los estímulos del amor a lo que es propio, aunque inmerso en la pequeñez de su valor puramente material con tanta frecuencia. Un quehacer cotidiano que impone la obligación no exento de cierta fatalidad. Es así como aflora y sale a la luz y se ve en un momento, toda la grandeza que se ha ido acumulando dentro.

Barrida velozmente la era. Quitado el tamo mojado por la niebla, llovizna o simple rocío de la noche; y esparcido de nuevo tamo seco que se sacó del corazón del montón, para que así la humedad que empapa la arcilla de la era no ablande la mies y la haga resistente al trillo.

Los haces vuelan veloces desde lo alto de la hacina y manos mayores y menores que se atropellan, a prueba todas del bien hacer, los arrastran ya sin piedad ni contemplación alguna, los destripan y desparraman hasta ir conformando esa gran tarta redonda con su inconfundible aroma que aviva la esperanza, lo que será realidad hoy mismo.

A un lado, todavía fuera de la parva, los machos triscan afanosos y felices un haz de fresca avena que se les puso y forraje verde y jugoso, como aperitivo a la gran comida y premio al sufrimiento del día; que todo les hará falta y aunque a veces haya que ponerles el bozo, que existe el miedo al terrible torzón que les puede dar, que tantas vidas se llevó y tanta tristeza y desesperación dejó en la casa del labrador, solo comparable a la que causa la desaparición de un ser superior perdido.

Los machos, caballos, burros, emparejados o en parejas mixtas, bien de mañana o con la mañana ya entrada, retozones y bravíos unas veces, ya cansinos otras, comenzaban siempre por igual, dando vueltas y más vueltas como tontos, más atentos al bocado de las mejores espigas, mirando de reojo al que monta el trillo y al restallar de la zurriaga, que al verdadero cometido de girar de prisa para terminar cuanto antes esta parva del duro y correoso centeno, la frágil cebada o la liviana avena y así verse pronto sueltos, corriendo a sus anchas por los aledaños rastrojos, donde encontrarán los sitios de todas las tardes para revolcarse como si fuesen potrillos traviosos y hartarse de rascarse su vieja piel sobre el suelo polvoriento con felicidad.

Y el amo no para ya desde tan de mañana, quiere estar en todo,

no soltará la horca ni casi para comer, dale que te pego, recogiendo esos manojos que parece quieren escaparse de los pisotones. Mal cubierta su cabeza con un sombrero a medio comer por los ratones.

Hay que tornear ya de seguida, apenas aplanada un poco la mies, deshacer bien las gavillas y que se aireen y joreen bien y vayan cayendo al suelo los primeros granos y la paja que aísle pronto la humedad del suelo.

Y los mulos comenzarán a cagar y a mear como locos y sin pudor alguno, que hacen así un hueco en sus enormes panzas para seguir comiendo hasta que no puedan más. Y bien que reniegan los muchachos, que son los encargados de recoger los moñigos antes de que los pisen, y se hacen el despistado todo lo que pueden, por si los recoge el abuelo que ya no sirve casi para nada más en ese día.

Y enseguida el abrasador calor de las once de la mañana, las pesadas e impertinentes moscas y las avispas que acuden zumbando; las prisas porque el día amenaza y por si acaso, aunque luego no pasa nada, solo cuatro pedos que se tiró una nube cochina para hacer rabiar.

Una larga jornada ininterrumpida, mientras queden espigas con granos, que el amo vigila incesante; solo parando a pequeños ratos, turnándose para el almuerzo y la comida, que para la siesta no hay espacio, cuando el sol más aprieta y en la era es un infierno; si acaso se intenta dar una cabezada a la sombra de la acacia que sabe a gloria. Hay unos momentos en que la quietud, la modorra, se apodera de todos y se aprovecha para charrar un rato con el vecino, apoyado en la horca, recostado en la pared del pajar, contra los haces que laceran la espalda, o se arregla algún apero roto.

Este trabajo de hoy requiere atención y mimo. Hay que procurar que no se pierda un grano, que ya bastantes se perdieron antes de llegar aquí.

Se barren una y otra vez las orillas de la parva y se recogen las espigas lanzándolas al paso del trillo. Se cubren las calvas de la parva allá donde rasca el trillo y que las pisadas no hagan harina con los granos.

Menudean los canturreos de todos los días y de todos los años, al tiempo que se dormita sobre la silla y aprovechan los mulos para casi pararse. Voces frescas entonan melodías frescas, que se escuchan con placer y levantan los ánimos y ayudan a seguir rodando, a manera que avanza el día y la calor aprieta y no tiene piedad de quienes ya se cansan de arrear a las pobres bestias que no puede más, cansadas y comidas por los tábanos y las moscas.

Hay un momento especial, anhelado desde ya hace rato por

todos, cuando el amo dice que ya está bien, que la parva ya está molida, que ya no quedan espigas con granos, que se debe recoger y se produce una parada general, como si todos adivinaran la idea antes de pronunciar el so final, como orden secreta transmitida directamente de pensamiento a pensamiento.

Días los hay que más valdría no haber comenzado, cuando las tormentas hacen de las suyas, llevan a maltraer y hay que recoger la parva una o más veces y volver a tender, si da tiempo, y el montón se cubre bien con tamo, o cuando las manos son pocas y no da tiempo para tanto. Y a lo mejor llueve mucho y ganarán quienes amontonaron la mies a medio machacar, y a lo mejor apenas son media docena de gotas, nada siquiera, solo el susto, que la tormenta se fue hacia otro sitio y ganarán quienes todo lo dejaron como estaba.

Es ya bien entrada la tarde o es muy pronto, apenas recién comidos, según se entienda por tarde y según se acostumbre a comer, que en la trilla no suele haber horas fijas para estas cosas, que en este día se trabaja siempre a destajo, se descansa y se come cuando se puede o cuando interesa.

Y hasta parece que el macho recuperó fuerzas cuando se le enganchó la barrastra y en un santiamén, como si comenzara fresco de mañana, haciendo las delicias de los mocosos que se agarran, se amontonó la paja y el grano; se hizo un gran cono en medio de la era, que ese día el viento sopla incierto, o se amontonó de lado a lo largo dando la cara al viento y se barrió con velocidad, que hay que aventar a toda prisa.

O si la tarde está encalmada se esperará tranquilo a que entre el aire, de día o de noche si hay luna, pues mañana hay que volver a trillar; se coloca en posición la bien engrasada Ajuria verde, cuando las había, que requiere esfuerzo pero es eficaz, hasta que “nuevos vientos” la releguen a su posición de monumento yaciente en las viejas eras. Y así hasta que se termine, o se aventará mañana con tranquilidad, que le tocará trillar al coyuntero. En este día quienes menos descansan son los machos, amigos del alma y del cuerpo del labrador.

Y así al anoecer, bien entrada la tarde; de mañana incluso de ese mismo día de trilla o de uno para otro, el padre y sus mozos y mozas, que ambos tanto monta en estos quehaceres, subirán las talegas bien llenas del dorado grano a la cambra, hasta dejar las trojes a rebosar, como rebosantes quedan sus corazones, tras un año más de durísimas inquietudes y penalidades pasada hasta ese día.

Hay un no sé qué, difícil de explicar, en los comportamientos

de estos hombres buenos que hoy suben emocionados a la cambra, ante la presencia y el aroma vivos, que traen felicidad traducidos en esos montones de grano, cada clase en su sitio, que fueron colocando con amor en las trojes.

O una profunda y triste mirada que todo lo dice y todo lo recorre, se posa en los misérrimos montones de escuálidos granos, fruto de la destemplanza inmisericorde del tiempo que no ha querido dar más.

Fue antes de ayer que volvía a casa, el pecho enchido, la satisfacción de un deber cumplido porque acababa de plantar una nueva vida.

Fue ayer mismo que retornaba de cumplir otro deber, con el pecho no menos enchido por el fruto recogido.

Hoy aquí, por fin, en la cambra o granero de su vieja casa, donde se amontonan tantos recuerdos y los frutos de todo lo que le da su vida cotidiana, este labriego sentirá nuevamente ganas de comenzar, de seguir adelante, que le es imposible dar un paso atrás.

Aquí en su vieja cambra y a pesar de todo, doblegará a sus malos pensamientos que le traen desánimo.

Y hasta volverá a tararear o silbar sus viejas coplillas, con lo que a diario expresa sus alegrías o acalla sus males, que no sabe otra.

*“Hay que procurar que no se pierda un grano que ya bastantes se perdieron antes de llegar aquí”.*